

## LA FE Y LA LITERATURA

Cuando, egresado de un liceo fiscal laico, di mi bachillerato en París, hace sesenta y tantos años, mi padre, que aunque admiraba a Pascal y añoraba la fe del hogar serenense en que se había criado, era libre pensador, me regaló un libro que, tal vez en su infancia lejana, le había ayudado a pasar del Seminario de La Serena al liceo de la misma ciudad: los "Recuerdos de Infancia y Juventud" de Ernesto Renán. Lo leí mas tarde; admiré su estilo fluido y fascinante. Pero me impactó más aun la evocación que él hace de sus años de seminario primero en Bretaña y luego en París. Algunos años después, el libro del célebre "apóstata" me ayudó a seguir el camino inverso, inverso al de Renán e inverso al de mi padre: ha pasar de la universidad laica al Seminario de Santiago.

Y es que las relaciones entre la literatura y la fe son complejas y a menudo ambiguas. Tiene que ver con la relación del autor y del lector con la fe y también con el libro en sí.

En éste caso el libro en sí es ambiguo: así era el estilo de Renán, así era su manera de ser, así era el método en su célebre "Vida de Jesús". Antes de asestar a Jesús el golpe definitivo -o que él creía tal- negar su divinidad, él describe su humanidad con tanta admiración y simpatía, con tanto respeto y poesía, que al que no se deje convencer por los argumentos que niegan su carácter divino, la exaltación de su figura humana puede hacerlo crecer en la fe y en el amor, mas aun si el lector está desprevenido y es poco crítico.

El mismo Renán, el autor, cuando escribió ese libro ¿era plenamente sincero? Su admiración por Jesús ¿era auténtica o era puramente literaria? Su negación de su divinidad ¿era una convicción profunda o era una auto justificación de su propia vida? Solo Dios lo sabe.

Y ¿qué hace que un lector -digamos mi padre, en aquellos años del fin del siglo

XIX- haya perdido la fe, o dudado de ella, al leer ese libro, y otro,- digamos yo, a mediados del siglo XX- haya afirmado mi fe al leer ese mismo libro? Eso también es un misterio que no depende de la sola manera de ser del lector. Mi padre era mejor que yo pero leyó ese libro en pleno auge del liberalismo y del secularismo mas agresivos. Yo lo leí en un clima intelectual y espiritual muy diverso, clima que mi mismo padre, por su respeto profundo y por su modestia intelectual, había contribuido a crear.

Se hablaba mucho, cuando yo era niño, de los "buenos autores", los autores "bien-pensantes", cuyos libros "podían ser puestos en toda las manos": René Bazin, Henri Bordeaux eran de ellos. Católicos aparentemente sin falla, sus libros expresaban una fe tranquila; infundían seguridad religiosa y moral. Otros autores católicos eran mas inquietantes: Mauriac, Bernanos hablaban del pecado, a veces en forma ambigua. Describían cristianos angustiados que buscaban la fe, que la encontraban o que la perdían. Pecadores que merecían admiración y simpatía y "buenos" que dejaban dudas. Se miraba esos libros con cierto recelo. Graham Greene, Morris West, tal vez Heinrich Böhl son de ese tipo.

La perfecta ortodoxia puede estar unida al genio literario: el Dante, Pascal, Claudel, Calderón de la Barca, Bunyan, el Kempis, Santa Teresa o San Juan de la Cruz. Pero no siempre son de fácil acceso para lectores que viven en culturas muy diversas de las de ellos.

Hay autores que no son ortodoxos en el sentido católico de la palabra pero que son genios y nos involucran en dramas de conciencia de profundidad bíblica: pienso en Dostoievski, en Boudelaire, en Faulkner, incluso en Cervantes. A veces nos afirman mas en la fe o purifican más nuestra fe que autores que se proponen abiertamente hacerlo.

Y es que la fe, en su vertiente humana y la literatura son tan complejas y tan ricas como el hombre mismo. Tal lector, hoy, en este momento de su cultura y de su vida, encuentra en tal libro, de tal autor, lo que él necesita, a veces fuera del tema del libro o fuera de la intención del autor. Se produce una resonancia inesperada, a través de un

texto, entre un autor y un lector que pueden estar muy distantes en apariencia pero que en ese instante se encontraron.

El genio literario es capaz de comunicar una fe tranquila, luminosa y serena, como la de San Francisco de Sales; o dramática y atormentada como la de San Agustín o de San Juan de la Cruz o la de Pascal. Pero puede también expresar la ausencia de fe, sentida como un vacío doloroso; la pérdida de la fe, como una herida que sangra; el mal, incluso el mal en que el propio autor está sumergido, como una fuente de angustia o como un abrazo satánico. El bien -pero un bien engañoso, insuficiente, farisaico- puede ser vilipendiado y desmitificado y esa desacralización de un falso "bien" puede ser liberadora y estimuladora para el lector.

De allí las muchas paradojas que hacen tan difícil, a veces imposible, una censura de obras literarias, desde el punto de vista religioso y moral. La lectura del marqués de Sade puede provocar en algún lector una catarsis saludable, una repugnancia liberadora. Y hay quienes han discutido la calidad moral de los libros de la Condesa de Segur, que fueron leídos por cien generaciones de niñas inocentes.

Ernesto Livacic, Clemenz Vranken y sus colaboradores han estudiado la obra de una docena de poetas chilenos, buscando y encontrando huellas o resonancias divinas en páginas a primera vista muy profanas. Todos hemos hecho experiencias parecidas.

Lo mismo pasa con la música. El canto gregoriano, Palestrina o la Pasión según San Mateo llegan a todos, pero no siempre. Mozart o Beethoven pueden alejar de Dios o acercar a El, según la persona y el momento. Tengo en un mismo cassette el Réquiem Alemán de Brahms -quien no tenía fe- y el Te Deum de Buchner, apasionado creyente. Los dos llegan a mi conciencia religiosa. El músico Fernando Rozas nos hablaba de un artista que había encontrado la fe escuchando los últimos cuartetos de Beethoven, que no son ciertamente religiosos en el sentido técnico de la palabra pero que revuelven el fondo del alma más eficazmente que muchas Ave Marías y aun muchas misas del repertorio cultural.

Cuando digo que es difícil hacer una crítica literaria basada en la relación de una obra con la fe, no estoy diciendo que ésta no tenga su razón de ser. Hay libros y autores

que han hecho y hacen mucho bien, en cuanto a afirmar, purificar y alentar la fe del lector y otros que han hecho y hacen mucho mal. Solo he querido señalar un aspecto imprevisible, subjetivo, diverso que complementa la regla general.

En la relación de la literatura con la fe, hay un elemento que dice relación con Dios: el Dios en que unos creen y que otros rechazan u olvidan. Pero hay otro elemento que dice relación con el hombre. Y no solo con el hombre en cuanto busca a Dios o lo ignora. También en cuanto al hombre en sí.

La fe es un asunto entre Dios y el hombre. La fe supone conocer a Dios, en quien se cree y conocer al hombre que es el que cree. Hay obras literarias que prescinden de Dios y solo se interesan por el hombre. Pero al ayudarnos a conocer mejor al hombre afirman en el lector el conocimiento de uno de los dos elementos de la fe, el elemento humano y preparan el encuentro con el otro elemento, el divino. Yo he aprendido mucho en Pablo Neruda, porque conoce al hombre y me ha permitido comprender mejor las dificultades, y las posibilidades, de la fe en el hombre y la mujer de nuestro tiempo que son los que Neruda conoce y a los que da vida en su poesía. Pero he aprendido más en Gabriela Mistral porque ella conocía a los hombres de su tiempo pero también conocía y buscaba y amaba a Dios y el ir y venir de la fe se hace en ella explícito. En Neruda, ese ir y venir no existe; él no conoce el camino ni la estación de llegada; pero conoce bien la estación de partida y eso no es todo, pero es algo.

Los autores que conocen y describen el corazón humano, los grandes novelistas como Balzac, Dickens, Flaubert, Dostoievski, y los autores de teatro, -pienso en Brecht, en Ionesco pero también en Shakespeare, en Racine, en Calderón- pueden enriquecer la fe del lector o del espectador, al clarificar su propia conciencia humana, el elemento subjetivo de su fe, aunque nada o poco aporten al conocimiento del otro elemento de la fe, del Dios en que se cree. "Para los que aman a Dios, todo coopera para el bien". (Rom. 8,28).

Voy a terminar\_ la literatura, como el arte, es la gran caja de resonancia de la aventura humana. Es esta aventura, vivida y narrada, por aquellos entre nosotros que

mas intensamente la han vivido y han sabido expresarla. La Iglesia tiene muchos santos y grandes santos, teólogos y misioneros, servidores de los pobres o de los enfermos o místicos de alto vuelo. Pero sus santos dotados de genio literario figuran entre los mas grandes; son los que mas nos conmueven y nos arrastran, son los que aceleran el pulso de nuestras vivencias religiosas, -San Agustín de Hipona, Santa Teresa de Avila, San Juan de la Cruz, San Francisco de Sales- y aunque parezca paradojal, también San Francisco de Asís que no era "literato" y que no escribía libros pero era poeta.

La misma Biblia, el conjunto de libros que Dios inspiró para educar nuestra fe, ha sido escrita, en parte, por grandes escritores, que han hecho obra literaria y no solo religiosa, o mejor dicho han expresado la fe revelada con fuerza y belleza sobrecogedoras, como un Job o Isaías o con finura, gracia, delicadeza y poesía, como el autor del Cantar de los Cantares, del libro de Ruth o el propio San Lucas. Dios también recurre a la literatura.

Muchos de ustedes son creadores, amantes y críticos de literatura. Sea para ustedes la literatura un camino iluminado, una escala de Jacob tendida entre cielo y tierra, por la cual se lleven la vida transitando de Dios al hombre y del hombre a Dios.

+ Bernardino Piñera C.

Arzobispo Emérito de La Serena